

8-171
Sobre la literatura hispano-americana. (3) 1

("La Nación", Buenos Aires (República Argentina),
19 mayo 1899).

O. Completas
tomo VIII

17
Sobre la literatura hispanoamericana

(Miguel de Unamuno, uno de los talentos más sólidos y brillantes que ha producido España en los últimos treinta años, ha escrito para LA NACIÓN la siguiente carta, que dirige a nuestro distinguido colaborador Rubén Darío.)

A RUBÉN DARÍO.

Me felicito, amigo, de que las breves consideraciones con que encabezé mi revista de la preciosa novela argentina de Grandmontagne, *La Maldonada*, hayan provocado un tan hermoso artículo como el que usted ha publicado acerca de las letras hispano-americanas en la sección que, con muy buen acuerdo, va a dedicar mensualmente a América la *Vida Nueva*.

Quédole agradecido del tono de afectuosa

consideración con que me trata, que no por ser natural en persona de tan legítima cultura, de cultura radical que de la mente desciende a las maneras y la conducta, deja de ser menos de tomarla en cuenta.

Y hecha esta manifestación, he de declararle desde luego que estoy conforme con lo substancial de cuanto en su artículo expone y hasta con lo accidental de él. Es lo que me pasa casi siempre con los que me hacen el honor de rebatir alguno de mis asertos; que acabo por concordar con ellos, y por darles la razón, sin por esto quitármela. Tenemos todos razón en lo que afirmamos, nadie la tiene en lo que niega. Quisiera equivocarme a diario, y lo que me parece para mí más terrible es el caso, perfectamente imposible, de que todos pensaran como yo, porque entonces me encontraría de hecho solo en el mundo y todos nos encontraríamos solos y más aislados que si pensamos cada cual de distinta manera, según sendas ideas. Busco la contradicción ajena, cada nueva persona que conozco evoca algún elemento, hasta entonces dormido, de mi espíritu, excitando una afinidad espiritual que estaba ociosa, y reclamo ante todo y sobre todo el santo derecho a contradecirme.

Y entrando en materia, he de recordarle que no sólo del gaucho pedía yo que Vv., los hispanoamericanos, nos hablasen, sino también de los afanes del estanciero, de los trabajos del colono, de las luchas civiles, de la eflorescencia industrial, de todo, en fin, lo que constituye la vida americana, y no de delicuescencias traducidas del francés, a que no me negará V. que son por allá no pocos jóvenes en exceso aficionados.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

de de Rubén
en "España con
frecuencia" p.
116-118.

A.5.2/212



Creo, sí, que Buenos Aires esté tan lejos de la guitarra pampera como del *morbo gálico* barriolatinesco, y á descubrirnos ese potente Buenos Aires V. más que nadie debe contribuir. Seguro estoy de que para muchos de los que han leído su substancioso artículo ha sido éste algo así como una revelación.

Pocas cosas me interesan más que esa vida ascendente, que llegará á tener un arte que la eternice. Llegará á tenerlo cuando el poderoso progreso que hoy impulsa á la Argentina, se haya hecho tradición, cuando brotando del seno de esa inmigración abigarrada surja una aristocracia, sea la que fuere, que pueda pasar de la posesión á la contemplación.

La culminación artística y literaria de un pueblo sigue, y sigue á regular distancia, á su eflorescencia económica y material. Hay que digerir el progreso, para que convertido en tradición, dé la flor del arte. La belleza es ahorro de utilidad y el ahorrar cuesta afanes y sudores. El arte recoge lo cristalizado ya, lo que del torbellino de la vida va sedimentándose en la memoria de los pueblos.

He dicho que no brotará de allí un arte definitivo, clásico en el mejor sentido, mientras la vida poderosísima que hoy se inicia no se haga tradición, porque profeso el principio de que sólo lo tradicional es poético.

El presente lo vivimos y gozamos, pero sólo cantamos y poetizamos en realidad el pasado, más ó menos remoto, y de tal modo es esto así, que aun los cantos al porvenir y á la esperanza me resultan siempre, en su fondo, endechas al pasado y al recuerdo. Un espejismo naturalísimo nos hace poner como ideal en el futuro el ayer hecho ensueño. El poeta que á mi entender mejor ha sentido, con alma de artista, los ideales socialistas, Guillermo Moris, procedía del prerafaelismo y era un enamorado de la Edad Media. El ideal es el pasado con ropaje luminoso de porvenir.

Creo, sí, que llegará día en que se cantará como se merece a la máquina de vapor, pero ha de ser cuando suplantada por los motores eléctricos, se la arrincone en los museos como arqueológico monumento y recuerdo de gloria. Entonces cantarán en la vieja máquina de vapor el porvenir de los electromotores. La muerte, que todo lo depura, es la que hace brillar el nimbo de íntima belleza sobre las cosas que han vivido.

Soy de un pueblo, Bilbao, que también se inicia en una nueva vida, y en donde espera mi amigo Maeztu, un soñador después de todo, que vibren las liras sobre las chimeneas de las fábricas y surja el canto consolador de la vida de entre el estruendo de las máquinas. Para ello es menester que toda esa vida industrial se haga meollo de la vida íntima, que el humo de esas chimeneas se disipe y que el fragor de las máquinas se encalme en la serenidad de la añoranza de la vida pasada. Soy bilbaíno, creo sentir á mi pueblo como el que más lo sienta





de sus hijos, pero cuando vuelvo a él, a visitarlo, antes que á ver las cosas del puerto ó los altos hornos, subo al excelsa Pagazarri, á entonarme en el reposo de las montañas, y cuando he querido extraer la poesía de mi Bilbao, en mi novela *Paz en la Guerra*, he dirigido mis ojos al Bilbao de mi infancia, al *bochito* de mis más dulces recuerdos, á aquella villa recogida y familiar, la de las siete calles, la del tendero pacienzudo, la de las alegres romerías, la de los *chumberos*.

Y vuelvo á lo de América.

La América española se está haciendo, y un país que se hace no puede dar más que anhelos, vislumbres, tentativas y rebusas de arte, todo ello vigoroso si se quiere, pero no definitivo. De aquí que cuando me fijo en el decadentismo hispanoamericano, lo veo cual un *incipientismo*, es una aurora que sólo puede parecer ocaso á los que no sienten la vida del sol.

Poe, á quien usted con oportunidad recuerda, creó un arte doloroso de iniciaciones, barruntos y abortadas adivinaciones, porque la planta atormentada de su espíritu no encontró en el ambiente que le rodeaba, el rico sedimento de aluviones de tradición en que echara raíces y de cuyos jugos nutriera sus brotes.

En la América latina, creo que se están buscando, mas sin haberse encontrado aún. En lo mejor de que V. amigo Darío, conozco, se ve á un hombre que quiere decir cosas que ni en castellano se han dicho ni pueden en el castellano de hoy decirse, y como V. piensa, según creo, en castellano, se encontrará sin duda con muchas ideas indecibles, que á falta de encarnar en verbo, le flotan en hermosa indecisión en la fantasía, preñadas de todo el encanto de lo no maduro. Es lo que usted llamaría un mundo auroral, un mundo de bruma matutina, henchido de promesas.

Tienen ante todo, en América, que hacerse su lengua, y tenemos todos que trabajar para que sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español, que aun no está hecho ni mucho menos.

A tal asunto he dedicado mi estudio, que usted conoce, *contra el purismo*, estudio que verá pronto la luz.

Y en la labor pesadumbrosa de hacerse la lengua gastanse energías que el escritor nacido en épocas clásicas, es decir, en aquellas que á la civilización ó sea al nexo de las instituciones públicas corresponde la cultura, el estado íntimo de los espíritus, aprovecha para expresar las ideas entonces en su país comunes, que son ideas en tales épocas ideas vivas. Mas cuando como hoy sucede en España, las ideas comunes, las que flotan en el ambiente por la opinión pública consagradas, son ideas muertas, inerte legado de pretéritas generaciones, el escritor purista y correcto, de irreprochable lenguaje, sólo expresa eufónicas ó infecun-





das vulgaridades. Es un cincelador de la ramplonería ambiente. Y suele por añadidura creer que el valor de nuestros místicos, pongo por caso, estriba en el estilo y ropaje de sus ideas, en la forma, y lo cree así por que es incapaz de sentir la intensísima vida abismática y el soplo de emancipadora libertad radical de que los hondos conceptos de nuestra mística están preñados. Suele ser tal escritor un intransigentísimo reaccionario, aunque de lo opuesto se viste.

El purismo, en efecto, significa ante todo y sobre todo reacción. Los que afectan no defender más que los fueros del idioma castellano y las prerrogativas de la forma artística, no son más que instrumentos del genio de su casta, que sabe bien cuán ineficaces son los ataques que se le dirijan sin faltar a su verbo.

Tienen que hacerse también tradición en América, porque no podemos los españoles dársela. La tradición viva sólo se transmite con las íntimas condiciones sociales del pueblo que la produce, y esas condiciones, faltas del sustento de su base económica, no se trasplantaron allende el Océano. Esa tradición propia es lo que los americanos buscan, por vías de imitación, es natural, pero al fin y al cabo la buscan, mientras aquí creemos poseerla y no la poseemos en realidad. Puesto que allí se está fraguando nueva casta, deben rechazar nuestro casticismo. Será mejor para ellos y para nosotros. Tal vez nos ayuden en la obra de que á nosotros mismos nos descubramos, por debajo de una tradición española que muere.

Si nos descubren á ellos mismos, sus afanes y ensueños, si nos desnudan sus almas, nos habrán descubierto á América, porque América es la sinfonía que del concierto de las almas de los americanos surge.

Mas para esto es preciso que toda esa cultura incipiente acabe por sedimentarse, porque el arte, que da serena eternidad á la vida, exige que pasemos de la posesión, relación primera en que el hombre se puso con las cosas, á la contemplación. El fin sublime es la contemplación posesiva; el hacerse dueño del mundo comprendiéndolo y sintiéndolo. La visión beatífica es la infinita potenciación del amor.



1.5.2 / 212



Poseen los americanos el mundo y gozan de la vida de un modo en que nosotros ni hemos poseído á aquél ni hemos gozado á ésta. Cuando esa posesión y ese goce se hayan asentado en la roca eterna de las dulces memorias, cuando se hayan hecho carne del espíritu y jugosa enjundia del alma social, brotará de aquella sociedad, hoy naciente, un arte vigoroso, cuya aurora saludamos en los balbuceos, barruntos, vislumbres y tentativas del actual *incipientismo* hispanoamericano.

Quisiera, amigo Darío, haber interpretado bien el espíritu de las letras hispanoamericanas, tal cual en el mío se refleja. A usted que posee respecto á ese espíritu un caudal de noticias y conocimientos de que carezco, á usted que ha vivido y vive sumergido en él, siendo uno de sus más eminentes voceros y ministros, á usted le cumple más que á nadie la tarea nobilísima de revelarnos aquel mundo, tan nuevo en su espíritu para los más de nosotros los españoles, como en su cuerpo lo fuera al descubrirnoslo Colón. Tal vez de allí nos venga la luz que, proyectada sobre nuestro propio espíritu colectivo, nos revele fondos de éste, hasta hoy casi ocultos, facultades y energías de nuestra casta, aquí dormidas y despertadas y explayadas allí donde encontraron con tierras vírgenes y suelo libre campo en que desarrollarse sin trabas. Por esto me encanta Martín Fierro, por ver en él la resurrección de nuestros aventureros de los primeros tiempos de la reconquista. Y por esto cuando me pongo á estudiar á mi raza, á la fuerte raza vasca, vuelvo los ojos á América y á los retoños que en ella ha echado, y siempre que pienso en aquellas repúblicas, recuerdo el sosegado vallecito, recogido y silencioso entre montañas, al pie de Cenarruza, en que se alzaba la casa solitaria de los Bolívar.

MIGUEL DE UNANUÑO.

